

todos los medios son buenos con tal de atraer. Hablando con entera franqueza, la mujer que peca momentáneamente por vil interés, es despreciada de todos...; la que peca toda la vida obtiene el respeto general. Fueron esos cuerpos ceñidos, esos cabellos rizados, esos modales seductores los que me atraieron.

## VII

No era difícil, en verdad, hacerme caer en un lazo, porque con mi educación sentíame atraído hacia el amor como el viajero del desierto se siente atraído por el espejismo. ¿No es una alimentación abundante un excitante para los ociosos? los hombres de nuestra clase se alimentan como caballos padres. Si se cierra la válvula de seguridad, es decir, si se condena á un joven lanzado á la vida del pla-

cer á seguir otra más tranquila, se verá como aparecen en seguida una excitación nerviosa y una inquietud tan terribles como extraordinarias, que, miradas á través del prisma de nuestra vida artificial, se convertirán en una ilusión que se creará que es amor. El amor y el matrimonio dependen en gran parte del alimento. ¿Os asombra esto? Pues más extraño aun es que esto no haya sido reconocido universalmente. En mi país hicieron este año algunos trabajos para un ferrocarril. Ya sabéis qué es lo que beben y comen generalmente nuestros aldeanos, que es sidra hecha con cebada, pan y cebollas, y esto les basta para poder trabajar bien el campo. En las obras del ferrocarril les daban gachas hechas con harina y grasa y además una libra de carne; pero esta alimentación más sólida tiene su compensación en «dieciséis»

horas de trabajo rudo, manejando tierras ó materiales ó empujando pesadas vagonetas y carretillas, de manera que trabajo y alimento se compensan. ¿En qué gastamos nosotros las dos libras de carne, caza, toda clase de manjares excitantes y las bebidas que consumimos á diario? Pues en los excesos sexuales. Si entonces se abre la válvula de seguridad todo va bien; pero si se cierra, como hice yo más de una vez, resulta una excitación nerviosa que, espoleada por la lectura de las novelas, periódicos, versos y por la música, hace que la buena alimentación se convierta en amor del más caracterizado. De esta manera me enamoré é hice lo que todo el mundo, y en mis amores no faltó nada: delicias, enternecimientos, horas de arrobamiento... En el fondo, ese amor era obra de la madre y del modisto por una parte, y de la

otra de la buena mesa y de la falta de actividad. Sin los paseos en la barca, sin talle esbelto, sin cuerpos en que la tela parece pesada á la carne, sin paseos juntos, no me habría enamorado yo, ni caído en la emboscada.

### VIII

Fijaos también en este embuste muy generalizado; en la manera como suelen hacerse los casamientos; ¿qué es lo más natural? La joven es núbil, hay que casarla; nada más sencillo y á menos que no sea un espantajo encontrará quien suspire por ella. Y bien, no hay nada de esto y ahí es donde empieza una nueva mentira. Antaño, cuando la joven llegaba á la edad conveniente, sus padres la casaban, dejando á un lado toda idea sentimental y sin que por eso la quisie-

sen menos. Esto sucedía y sucede aún en el mundo entero, entre los chinos, los indios, los musulmanes, entre nuestro pueblo y, en resumen, entre las noventa y nueve partes de la humanidad. Una centésima parte, apenas, nosotros, gentes corrompidas. creímos que eso no estaba bien y buscamos otra cosa, ¿y qué fué lo que fué lo que hallamos? A las jóvenes las exponen como los géneros en un almacén en el que los hombres tienen la entrada libre para elegir á su gusto. Las muchachas esperan allí, pensando para su fuero interno y sin atreverse á decirlo en voz alta: «¡Tómame á mí, querido mío, á mí y no á esa otra! ¡Mira mis hombros y todo lo demás!» Los hombres pasamos y repasamos por delante de ellas, las miramos y remiramos, hablando de vez en cuando de los derechos de la mujer, de la libertad que deben tener

y que basan, á lo que se pretende, en su instrucción.

—Pero ¿hay medio de hacerlo de otra manera?—le pregunté interrumpiéndole.—¿Queréis que sean las muchachas las encargadas de hacer la petición matrimonial?

—¿Es que acaso lo sé yo? Pero sí que es cuestión de igualdad y de que ésta sea una verdad. Se ha hablado mucho y malo de los casamenteros y de los intermediarios, y nuestro sistema es cien veces peor. En aquel caso los dos están en iguales condiciones y nuestro sistema es mucho peor. En aquél los derechos y las esperanzas son iguales; en éste la mujer es una esclava, á la que ofrecen porque no puede ofrecerse por sí misma. Empieza entonces esa otra mentira convencional que se llama «presentarse en sociedad», «divertirse» y que no es, ni más ni menos, que la

caza del marido. Decidles toda la verdad desnuda á una madre ó á una hija; decidles que no tienen más que una preocupación: pescar un marido, y las haréis una grave ofensa. Y no obstante, ese es su único objeto, no pueden tener otro. Y lo más tremendo en todo esto, es que se ve á muchas jóvenes ingenuas é inocentes que obran de este modo sin saber lo que hacen.

¡Si al menos esto se hiciese con entera franqueza! Pero no son más que mentiras é hipocresía. — «¡Ah, qué cosa más interesante es ese libro nuevo del *Origen de las especies!*» — exclama la mamá. — «¡Cuántos atractivos tiene la literatura! La pintura le gusta mucho á María. ¿Pensáis ir hoy á la Exposición? ¿Paseáis mucho en coche? La verdad es que lo que la entusiasma á mi Luisa la música, admira. ¿Cómo es que no profesáis esas

ideas? ¡Ah, los paseos por el agua!...» Y al decir eso no las anima á todas más que un pensamiento: «Tómame á mí; elige á mi Luisa. No, á mí, ¡prueba al menos!» ¡Oh! ¡Cuánta hipocresía! ¡Cuánto embuste!

## IX

—¿Conocéis la supremacía de la mujer, —preguntóme de pronto;— esa supremacía ó dominación que tantos sufrimientos causa á todos? En lo que acabo de decir está la indicada causa.

—¡Cómo! ¡la supremacía de la mujer! —reliqué.— No lo comprendo, cuando se lamentan por el contrario de que no gozan de ningún derecho y de que son las víctimas.

—Esa misma, precisamente, es la idea que quise expresar, —dijo con animación.— Eso es justamente lo

que hace que se sostengan dos opiniones en la apariencia contradictorias; por una parte una humillación extremada y de la otra un poder soberano. Pasa con la mujer lo mismo que con los judíos, que se vengan con el poder que les da su dinero del envilecimiento al que les condenamos. «¿Nos permitís que nos dediquemos al comercio? Convenido; pues por medio de los negocios, nos convertiremos en amos vuestros», dicen los judíos. «¿No queréis ver en nosotras más que un objeto sensual? sea, pues por los sentidos nos apoderaremos de vosotros», dicen á su vez las mujeres.

No es, pues, la privación del derecho de sufragio, ni el impedirle que ejerza ciertas y determinadas magistraturas, lo que constituye la ausencia de los derechos de la mujer, aparte de que pregunto: ¿esas ocupaciones,

son realmente tales derechos? Lo que hay es la prohibición de acercarse á un hombre ó de alejarse de él y de escogerlo á su antojo, en vez de ser escogida. Esto os llama la atención, ¿no es así? Entonces, privad al hombre de esos derechos, puesto que goza de ellos, y se los negáis á su mujer. Para igualar todas las probabilidades, la mujer dominada por la sensualidad se hace dueña absoluta por medio de los sentidos, de tal manera, que, siendo él quien en apariencia escoge, es en realidad ella la que elige. Y cuando posee á fondo el arte de seducir, abusa y adquiere un dominio extraordinario, un imperio terrible sobre la humanidad.

—Pero ¿en dónde veis ese predominio tan extraordinario?

—¿En dónde? En todas partes. Id á esos grandes almacenes de géneros

que hay en las poblaciones de alguna importancia, y veréis en ellos amontonados millones y los productos de un trabajo que, por lo gigantesco, es casi incalculable. Decidme, ¿hay en la décima parte de esos almacenes alguna cosa que sea de uso del hombre?

Todo el lujo es para la mujer que lo busca, impulsándolo siempre hacia adelante. ¿Y las fábricas? En su mayor parte no hacen más que trabajar para la mujer, y millones de hombres, generaciones enteras de obreros, sucumben en esos trabajos hechos en condiciones semejantes á las de las penitenciarias, para que se pueda engalanar aquella. Lo mismo que si fuese una reina poderosísima, la mujer mantiene en la esclavitud y el trabajo á las nueve décimas partes de la humanidad. Y todo esto sucede, ni más ni menos, que por negar á la

mujer derechos iguales á los del hombre. Se venga excitando nuestros sentidos y procurando que caigamos en las celadas que nos tiende; y tal es la influencia que han llegado á ejercer sobre nuestros sentidos, que en su presencia pierden la calma, no solo los jóvenes de sangre ardiente, sino hasta los viejos.

Y la mujer conoce tan bien esa influencia, que no la oculta, y lo veréis fácilmente si observáis esas sonrisas de triunfo en una fiesta popular, en un baile ó en una reunión de etiqueta. En cuanto un joven se acerca á ella, cayó en sus redes y ¡adiós razón!

Siempre experimenté cierto malestar al hallarme en presencia de una mujer en traje de corte, de una joven del pueblo con rojo pañuelo y endomingado traje, y de una señorita vestida para un baile. Y esto es para mí más terrible aun hoy día. Veo en

todo ello un peligro para los hombres, alguna cosa contraria á la Naturaleza, y siento deseos de empezar á gritar llamando á la policía para alejar ese peligro: para hacer que aparten de mi vista un objeto dañino.

¡Y no me río! Estoy seguro de que ha de llegar un día, que quizás no esté muy lejano, en que se preguntarán con asombro, cómo ha habido una época en la que se permitían acciones capaces de producir tanto trastorno, turbando la tranquilidad de la sociedad, como lo hacen las mujeres por medio de la excitación de los sentidos y los adornos con que engalanan su cuerpo. Esto es como si en los paseos públicos se pusiesen lazos en los sitios por donde han de pasar los hombres, y quizás esto no sería tan peligroso como aquello.

¿Por qué—pregunto—prohibir los

juegos de azar y permitir que las mujeres aparezcan medio desnudas en público, por más que esto sea mil veces más inmoral que el juego? ¡Qué extraña manera de juzgar las cosas!

X

He ahí ahora cómo caí en el lazo. Era yo lo que se llama un enamorado y no era á ella sola á la que consideraba como la perfección personificada, sino que yo mismo, durante el tiempo que fuimos novios, me creía el mejor de los hombres. No hay nadie en este mundo que, aun siendo malo, buscando con un poco de paciencia, no encuentre otro que sea peor que él, lo cual es origen de alegría y de orgullo. Este era el caso en que yo me hallaba. No me casé por el afán del dinero, al que no tenía apego, al contrario de muchos cono-

cidos míos, que habían hecho del casamiento un negocio, bien para procurarse un capital con la dote, ó bien para crearse una posición con las nuevas relaciones. Era yo rico y mi mujer pobre. ¿Qué me importaba esto á mí? Había además otra cosa que me enorgullecía, y era la de que, al contrario de los que al casarse no abandonan sus ideas de poligamia, había-me yo jurado vivir siempre como un monogamo en cuanto me casara. Era un miserable y me creía un ángel.

No fuimos novios durante mucho tiempo y no puedo evocar sin enrojecerme los recuerdos de aquella época, ¡qué vergüenza y qué asco! Si hubiese sido un amor platónico, puesto que es de éste del que hablamos y no del sensual, habría debido ese amor platónico manifestarse en conversaciones, en palabras; pero no hubo nada de eso. En nuestras entrevistas

la conversación era penosa, un verdadero trabajo de gigantes. Apenas encontraba un tema ya estaba agotado, y vuelta á buscar otro. Nos faltaban cosas de que hablar, habiendo agotado cuanto podíamos decir acerca de nuestro porvenir é instalación, ¿qué nos quedaba? Si hubiésemos sido animales, sabido nos teníamos que no había de qué hablar; sin embargo, carecíamos de objeto, porque la cosa que á ambos nos preocupaba, no era de las que tienen solución en una conversación. Añadid á esto la deplorable costumbre de comer golosinas; luego los preparativos del casamiento; ver la alcoba, las camas, las ropas que se han de usar durante el día, las de noche, la ropa blanca y los objetos de tocador, etc., etc. Ya estáis viendo que el que se casa al uso antiguo, con arreglo á los preceptos del Demostroi, como decía ese

señor viejo que se fué, consideran los enredones, las camas y la dote como otros tantos detalles que contribuyen á hacer del matrimonio una cosa sagrada; pero para nosotros, que en la proporción de uno por diez no creemos, no creemos, no, en esa cosa sagrada, ¡y que se crea ó no, importa poco! sino en las promesas que hacemos nosotros, de los que apenas hay uno por ciento que no haya ya tenido que ver con mujeres y de los que apenas uno de cada cincuenta no esté dispuesto á ser inmediatamente infiel á su mujer; para nosotros, repito, que no vamos á la iglesia más que á cumplir con un requisito exigido antes de poseer á cierta y determinada mujer, todos esos detalles no tienen más que una significación monstruosa. Esto es un contrato horroroso. Se vende una virgen á un libertino y esa venda se verifica con la aparien-

cia de las cosas más puras, adornándola con poéticos detalles.

## XI

Me casé como nos casamos todos. Si los jóvenes que ansían pasar la luna de miel supiesen las desilusiones que les esperan... porque no hay más que desilusiones en todas partes, y todos, en verdad que ignoro por qué razón, se creen obligados á ocultarlo. Paseábame un día por una feria de París y entré en un barracón en el que se enseñaban una foca y una mujer con barbas. La mujer era un hombre con traje descotado, y la foca ni más ni menos que un perro, cubierto, es verdad, con una piel de foca y que nadaba en una gran tina; en todo ello había muy poco atractivo. Cuando salí del barracón el dueño me señaló al público, diciendo: »Preguntad

á este señor si vale la pena de entrar; ¡adelante, señores y caballeros! ¡No cuesta más que un franco por persona! » Me costaba gran trabajo, no podría decir por qué, contradecir á aquel hombre, y éste contó con ese asentimiento mío, y á la cuenta sucede lo mismo á los que por propia experiencia conocen el hastío de la luna de miel, que no quieren destruir las ilusiones de los demás.

Por mi parte no desvanecí los ensueños de nadie; pero no veo motivo alguno para que ahora me calle. En la luna de miel no hay nada agradable, sino todo lo contrario; es aquello un continuo malestar, una vergüenza, un malhumor sombrío y predominando sobre todo esto un aburrimiento, un tedio espantoso. No acierto á comparar esa situación más que con la de un muchacho que empieza á fumar: tiene náuseas, se traga el humo y, sin

embargo, dice que experimenta un gran placer. Si el trabajo produce goces es para más adelante, y lo mismo sucede con el matrimonio. Antes de gozar los esposos deben habituarse al vicio.

—¡Cómo! ¿Al vicio?—exclamé.—  
Estáis hablando de una cosa que es natural, instintiva.

—¡Una cosa natural! ¡instintiva! No hay nada de eso. He llegado á convencerme de lo contrario, permitidme que os lo diga, y yo, hombre corrompido, libertino, entiendo que es contra naturaleza. ¡Y cuánto más arraigada no estaría esta convicción en mi ánimo si no estuviese tan pervertido! Es un acto contra naturaleza para toda joven pura, lo mismo que para un niño. Una hermana mía se casó, siendo muy joven, con un hombre que tenía doble edad que ella y que hasta entonces había llevado la

vida propia de los libertinos, y recuerdo cuán grande fué nuestro asombro al ver que le abandonaba durante la noche de la boda y que, pálida y temblorosa, nos dijo que por nada en el mundo podría contarnos lo que exigían de ella. ¿Y llamáis natural á esto? Comer sí que es natural; comer es una satisfacción, una función agradable que puede llevarse á cabo sin que uno se avergüence, y en cuanto al otro acto no hay más que repugnancia, vergüenza y dolor. No, no es natural, y adquirí la convicción de que una joven lo teme siempre. Una muchacha joven y pura desea hijos; hijos, sí, pero un hombre, no.

—Entonces,—observé con mucho asombro;—¿cómo perpetuar el género humano?

—¿Y acaso es necesario perpetuarlo?—replicó con brusquedad.

—Sin duda, porque de otro modo no existiríamos.

—¿Y para qué hace falta que existamos?

—¿Para qué? Pues para vivir.

—¿Para vivir? Schopenhauer, Hartmann y los budhistas sostienen que la verdadera felicidad está en no existir. Y tienen muchísima razón cuando aseguran que la dicha de la humanidad está en su destrucción. No lo dicen con tanta claridad; sostienen que la humanidad debe destruirse para ahuyentar el sufrimiento y que su objeto ó fin es su propia destrucción. Esto es un error. El objeto final de la humanidad no debe ser el de librarse del mal ó del sufrimiento por el aniquilamiento de sí mismo, porque el mal es el resultado de la actividad, y el objeto de ésta no puede ser el aniquilamiento de los efectos que produce. El fin del hombre, lo

mismo que el de la humanidad entera, es la dicha, y para lograrla le han impuesto una ley á la que debe atenerse. Esa ley se basa en la unión de los séres que componen la humanidad. Las pasiones son las únicas que impiden esa unión, y por encima de todas las demás, la más fuerte, la peor, es el amor sensual, la voluptuosidad. Cuando el hombre haya conseguido dominar sus pasiones y con ellas la que más le domina, el amor sensual, existirá ese amor, y la humanidad, una vez cumplido su objeto, no tendrá ya razón de existir.

—¿Y hasta que llegue ese momento?...

—Tiene la humanidad una válvula de seguridad. El amor de los sentidos no es más que la señal del no cumplimiento de la ley. Mientras tanto que ese amor exista, se formará con nuevas generaciones para cumplir la ley.

Si la primera no basta, vendrán otras... hasta que se llegue al cumplimiento de esa ley... Cuando esto suceda, la humanidad dejará de ser, porque nos es imposible representarnos una vida estando el género humano en una misión perfecta.

## XII

—¡Qué teoría más extraña!—exclamé.

—¿Por qué es extraña? Todas las religiones profetizan que la humanidad ha de tener un fin, y con arreglo á las conclusiones de la ciencia moderna, ese fin es también inevitable. ¿Qué tiene pues de particular que la filosofía moral presente esas mismas conclusiones? *Que aquel que pueda comprender ESTO lo comprenda*, dijo Cristo, y veo bien claro su pensamiento. Para que el hombre tenga